





## BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

# Hasta los muertos conspiran.

Comedia histórica en tres actos, original de D. ALEJANDRO MAYOLI Y ENDERIZ,  
representada con general aplauso en el teatro de Variedades, el 16 de enero  
de 1847.

### PERSONAS.

DON FERNANDO VALENZUELA.  
DON LUIS DE BENAVIDES, *marqués de Caracena*.  
DOÑA SOL, *su hija*.  
FLORA, *dama de doña Sol*.  
DON JUAN DE AUSTRIA.  
EL MARQUÉS DE VILLABS, *embajador de Francia*.  
PANTOJA.  
EL DUQUE DE MEDINACELI.  
DON LUIS DE HARO, *marqués de Liche*.  
GÓMEZ SILVA.  
PEDRO CONTRERAS.  
CRIADO 1.º  
CRIADO 2.º  
GUARDIAS.

La escena es en Madrid, año de 1679.

### ACTO PRIMERO:

Salon de palacio. — Entrada general por el foro. — A la izquierda del actor, y en primer término, una puerta que conduce á la cámara del rey: en segundo término otra que es la del aposento de don Juan de Austria. — A la derecha del actor una pequeña puerta que sirve de comunicacion con la habitación del marqués de Caracena. — Sillones, muebles de la época, una mesa al foro con floreros, otra en el proscenio con recado de escribir.

### ESCENA PRIMERA.

PEDRO CONTRERAS, GÓMEZ SILVA, PANTOJA.

SIL. Las once ya! Mucho tarda  
el marqués de Caracena,  
y eso que vive en palacio.

CON. Su magestad le dispensa  
este honor.

PAN. Su magestad,  
ó don Juan de Austria?

CON. Cualquiera  
de los dos mandarlo puede,  
conque es una cosa mesma.

PAN. Ya...

CON. Pues.

SIL. Dijo que vendria?

CON. Y que nosotros en esta  
sala esperásemos juntos,  
para ir á ver á su alteza,  
con él y felicitarle.

PAN. Y por qué?

SIL. Pues esa es buena!

Hoy es el aniversario  
de la hazaña mas escelsa  
del principe, de aquel dia  
en que, con frente serena,  
desde Torrejon de Ardoz  
al partido de la reina  
obligó á capitular,  
haciendo su entrada en esta  
capital, entre los vivos  
de una muchedumbre inmensa.

PAN. Es verdad, no me acordaba;  
y por Dios que de la empresa  
la reportado la España  
magníficas consecuencias.

CON. Pantoja siempre mordaz!

PAN. Oh! no por cierto Contreras  
Dios me libre de burlarme  
de cosas que son tan serias.  
España ha ganado, y mucho,  
y á la vista está la prueba.

CON. Yo lo creo.

PAN. Por supuesto.

Nos envidia Europa entera.

CON. Se ha criticado á don Juan  
de su genio la aspereza,  
sin pararse á meditar  
que quien la larga carrera  
de la vida atravesó  
entre el ruido de la guerra,  
no puede ser tan afable,  
tan blando como quisiera;  
porque ignora de la corte  
las tóviles etiquetas.  
Si desterró á Filipinas  
al célebre Valenzuela,  
fué porque así lo exijia  
la tranquilidad interna  
del país. Sabeis que fué  
el válido de la reina  
doña Mariana; hombre audaz,  
decidido, y de una extrema  
sagacidad... y hombre, en fin,  
que con su sola presencia  
mil disturbios en el reino  
sin duda escitar pudiera,  
si don Juan...

PAN. Nole enviase  
á que la mar le sorbiera.

SIL. Fin desgraciado fué el suyo!

CON. Naufragó la carabela  
que le llevaba, en el golfo  
que apellidan de las Yeguas,  
y pereció entre las olas  
la tripulacion entera.  
Mas por ventura, don Juan  
los elementos gobierna?  
SIL. Critiquen los descontentos  
como mejor les parezca,  
la nacion los compadece  
y el principe los desprecia.  
El mandar quiere energia,  
vigor, decision, firmeza,  
y si estas brillantes dotes  
todas en don Juan se encuentran,  
¿quién con mejores auspicios  
puede gobernar?

PAN. Cualquiera.

SIL. Qué decis?

PAN. Lo dicho, dicho  
Madrid no es la ciudadela  
de Monjuich para que attivo,  
como allí, destierre, prenda  
y haga degollar al que  
sea contrario en ideas  
á la marcha del gobierno

CON. Es posible!

SIL. Qué blasfemia!  
Que así habéis, Pantoja, vos  
que al partido de la reina

en tiempos no muy remotos  
hicisteis tan cruda guerra!

PAN. Mal gobernaban aquellos,  
pero estos bien mal gobiernan.  
He aquí explicado el misterio  
de mi critica severa.

CON. Sois original, Pantoja.

PAN. Sois muy cándido, Contreras.

SIL. Alguien viene.

CON. Es el marqués.

SIL. Ya es hora.

PAN. No tiene prisa.

## ESCENA II.

*Dichos, el marqués de CARACENA saliendo por la  
puerta de la derecha.*

SIL. Salud, don Luis Benavides.

CON. Dios guarde al de Caracena.

CARA. Y él á vosotros, amigos.  
Podemos ver á su alteza,  
si gustais.

CON. Cuando os agrade.

CARA. Vamos, pues.

PAN. (Y aqui comienza  
de aduacion y mentiras  
una de tantas escenas.)

*(vanse todos por la segunda puerta de la izquierda.)*

## ESCENA III.

*VALENZUELA, sale por el foro, con peluca y barba  
canosa, representando en su persona y traje mas de  
cincuenta años de edad; mira en derredor para ase-  
gurarse de que está solo, saca un papelito muy do-  
blado y lee pausadamente lo que sigue.*

«Tenemos que hablar, amigo,

«buscad pues vos la ocasion

«de hacerlo á satisfaccion,

«pero sin ningun testigo.»

Corriente, bien... hablaremos...

Qué querrá exigir de mí?

Quién á quién se engaña aquí?

Eso... despues lo veremos.

*(entra en la cámara de don Juan.)*

## ESCENA IV.

*DOÑA SOL y FLORA, asomándose á la puerta de la de-  
recha.*

FLOR. Va podeis salir, señora,  
sin cuidado.

SOL. Hay alguien?

FLOR. No.

SOL. Pues déjame que voy yo...

*(va a la mesa y registra bajo los floreros.—Pausa.)*

FLOR. La encontráis?

SOL. No hay nada, Flora.

Adversa suerte es la mía!

La carta que mas ansiaba  
me falta, la que esperaba

mitigase mi agonía.

FLOR. Sin razon os apurais  
y os entregais al quebranto;  
que no hay causa para tanto  
probaré, si me esenchaís.  
Cuando el público rumor

os anunció el fin terrible  
de don Fernando, indecible  
fué entonces vuestro dolor.  
Yo le respeté, señora,  
y calmar vuestros desvelos  
con estériles consuelos  
procuró la pobre Flora.

SOL. Yo tu cariño agradezco  
y jamás le olvidaré.

FLOR. Si lo que senti mostré,  
ningun elogio merezco.  
Muchos meses de tristeza  
por vos, doña Sol, pasaron,  
y las penas marchitaron  
vuestra celestial belleza;  
y al ver como el arrebol  
de las mejillas perdisteis,  
á veces me parecisteis  
ocaso de vuestro sol.  
Así el pesar os mataba,  
y cuando ningun vislumbre  
de aliviar tal pesadumbre,  
señora, se os presentaba,  
á vuestras manos el cielo  
la carta de don Fernando  
lizo llegar, disipando  
las dudas y el desconuelo.

SOL. Ah! bien recuerdo aquel día,  
para mí tan venturoso!

FLOR. Hallazgo tan misterioso  
ignoro yo todavía.

SOL. Oye pues: cuando salió  
de Madrid la reina madre  
para Toledo, mi padre  
entrar aquí me vedó;  
fundado, según decía,  
en que estando aquella ausente,  
político ni prudente  
presentarme aquí sería.  
Obedeci con respeto,  
de mi estancia no salí,  
y pronto al olvido di  
ese pasillo secreto,  
que en otro tiempo cruzaba,  
gozando del real favor,  
cuando de dama de honor  
el servicio me tocaba.  
Jamás la curiosidad  
á estos umbrales metrajo,  
y así cumpli sin trabajo  
del marqués la voluntad:  
hasta que al fin cierto día,  
en oportuna ocasion,  
vine á ver de este salon  
la nueva tapiceria.  
Pero cuando á mi sabor  
contemplaba las pinturas,  
los muebles, las colgaduras,  
percibo cierto rumor,  
y á mis pies cae un papel,  
no sé por dónde, ni cómo...  
Por curiosidad le tomo  
y encuentro escritas en él  
estas palabras. — «El cielo (*saca un papel.*)  
«por milagro me salvó,  
«está tranquila, que yo  
«vivo para tu consuelo.  
«Término tendrá, lo espero,  
«mi desgracia: — escribiré:

«las cartas colocaré  
«debajo de ese florero.»

FLOR. Sé lo demás, os escribe  
y yo vengo con esmero,  
á sacar de ese florero  
las noticias que recibe.  
Por este medio sabeis,  
señora, de su existencia,  
y en el dolor de la ausencia  
algun alivio teneis.  
Y está en Madrid?

SOL. No lo sé.  
Jamás, ni por incidencia,  
me ha dicho su residencia.

FLOR. Es bien extraño!

SOL. Si á lo,  
Mi padre no es muy su amigo,  
mas esto, bien observado,  
para ser tan reservado  
no le autoriza conmigo.  
El debe estar satisfecho  
de mi amor constante y fiel,  
y bien sabe que por él  
tan solo late mi pecho;  
luego si por energia  
su suerte de mi recata,  
su precaucion es ingrata  
ó en mi prudencia no fia.  
No obstante, me insinuaba  
en una carta, que acaso  
me viera pronto, y que un paso  
solo de mí le apartaba.  
Comprende pues el anhelo  
que aquí mi planta guió,  
y si fundado es ó no  
mi temeroso recelo  
al ver que su carta falla.

FLOR. Dejad temor tan pueril.

SOL. ¡Ay Flora! que en dudas mil  
la imaginacion se exalta.  
Bien sabes con cuanto afan  
defendió á la reina madre,  
que no le quiere mi padre,  
y que el principe don Juan,  
si entre sus manos le hubiera,  
le condenára inelemente,  
á que su sangre inocente  
el cadalso enrojeciera.

FLOR. Por dar al dolor templanza  
recobrad vuestro valor.

SOL. Es muy cobarde el amor  
cuando no tiene esperanza.

FLOR. Discurro que en retirarnos  
obráramos con prudencia;  
puede salir su excelencia,  
y en esta sala encontrarnos.

SOL. Seguir tu consejo quiero.  
Vamos... El cielo me alumbré  
en mi triste incertidumbre...

(*mira tristemente al florero y vase con Flora por la  
puerta de la derecha.*)

#### ESCENA V.

DON JUAN DE AUSTRIA saliendo de su cámara, apo-  
yado en el brazo de VALENZUELA, y seguido del mar-  
qués de VILLARS, del de CARACENA, PEDRO CONTRERAS,  
PANTOJA y GOMEZ SILVA. Bajan todos la escena, y

*don Juan se sienta en un sillón, con algun trabajo.*

JUAN. Gracias, amigos, gran placer me causa hoy recibir el parabien sincero que me dais... y las muestras espresivas de vuestra estimacion que tanto aprecio. No te vayas, Tadeo, por si acaso

(*á Valenzuela.*)

te he menester, ¿Entiendes?

VILL. Obedezco.

(*se situa detrás del sillón de don Juan.*)

CARA. Y así salís, señor, de vuestra cámara!

JUAN. Sí, marqués, con el rey imitar quiero la atencion que conmigo habeis usado, y por la paz de que disfruta el reino felicitarle... Pero estoy cansado, y reposar aquí quiero un momento antes de entrar.

VILL. Es justo, mas debiais cuidar vuestra salud que es lo primero. Estais muy débil.

JUAN. Sí; pero no obstante señor embajador, aun no me muero.

VILL. No he dicho tanto.

JUAN. Pero yo lo digo, por si alguno en mi muerte ve sus medros.

CARA. Que tal penseis, señor!

JUAN. Si, Caracena, hay, no lo ignoro, algunos descontentos; y es natural, si bien bago á los muchos inevitable mal haré á los menos... Y digo inevitable, porque nadie á gusto gobernó de un reino entero.

CARA. El pueblo en vos confia.

CON. Y os respeta.

PAN. (Nunca al temor se le llamó respeto. Que torpe adulacion! — Todos iguales.)

JUAN. Solo por el trabajo, por el pueblo, por su prosperidad me agito y lueho y las facciones con teson enfreno. Ademas, que la edad del rey mi hermano, su inesperienza y el hallarse enfermo, la obligacion me imponen de ayudarle.

SIL. Acertar y hacer bien es su deseo, pero sin vuestro apoyo mal pudiera de la corona sostener el peso.

CON. Debeis cuidaros mucho, vuestra vida es tan preciosa como puede serlo la del rey mas querido.

VILL. Poco ó nada, don Juan conseguirá, si con esceso á mentales trabajos se dedica.

CARA. Esa es su enfermedad: yo considero que algun solaz debiera dar al ánimo, y algun reposo al fatigado cuerpo.

JUAN. Todo eso está bien dicho, amigos míos, y yo tanto interes os agradezco... No me miro, á Dios gracias, tan doliente como pensais... Acérame, Tadeo, (*á Valenzuela y este lo hace.*)

á los pies el cojín... esta postura me tiene incomodado... hasta... bueno. — Quien como yo pasó su vida entera durmiendo armado sobre el duro suelo, y la nieve y el sol sufrió impasible, y del Norte pisó los duros hielos, y un día y otro, sin molestia alguna, hizo sudar á su troton soberbio, ya conocéis que puede facilmente

en abrigado y cómodo aposento, dedicarse al trabajo que ocasiona lo que llaman politica los necios. Pero hay otra razon mas poderosa que me precisa á consagrarme entero á los negocios; nuestro rey don Carlos es á veces muy dócil, muy sincero, y esta benignidad á nuestra patria pudiera reportar males sin cuento, si yo no vigilase á los traidores mis fuerzas oponiendo á sus proyectos.

PAN. (Qué hipócrita!)

VILL. (Su orgullo le descubre.)

CARA. Trabajando, señor, con ese objeto, gloria conseguireis, y los menguados sucumbiran en su impotente esfuerzo.

CON. Oh! sin dudarlo.

JUAN. Sé que me hacen guerra porque doña Mariana está en Toledo... ¿Y yo la desterré? Si de la corte se retiró tomando aquel gobierno, en mi no consistió; que en este punto ni me he mezclado, ni mezclarme quiero. Obró á su voluntad.

CON. Y quién lo duda?

JUAN. Grande satisfaccion, gozo supremo á todos nos causará que la reina aquí en palacio, como en otro tiempo, al lado de don Carlos ostentase sus bondades, sus gracias, sus talentos... que al fin es reina madre y es señora á quien mil beneficios debe el pueblo.

Mas, ¿qué quereis? Los discolos se agitan, y como que carecen de un pretesto honroso para urdir viles intrigas, dicen que es su bandera... Yo no creo tales columnias... De su nombre abusan.

VILL. (Politico es don Juan.) Llegará un tiempo en que sepa la reina que la engañan.

JUAN. Pero entretanto... bien está en Toledo. Caracena, decid á esos señores (*bajo á Caracena.*)

que con Villars y vos quedar deseo á solas. ¿Entendeis?

CARA. Amigos míos, pues que cumplimos ya con nuestro objeto, podemos retirarnos, si os parece.

CON. Como gusteis, marqués.

PAN. (*á Silva.*) Aquí hay misterio... Tal vez les estorbamos.

SIL. (*á Pantoja.*) Caviloso! Que siempre penseis mal!

PAN. Y siempre acierto. Vereis como se queda Caracena.

CARA. Dadnos vuestro permiso, si podemos retirarnos.

JUAN. Le doy si así os agrada; pero quedaos vos, que hablaros tengo.

CARA. Obedezco.

PAN. ¿Qué tal? (*á Silva.*)

SIL. Digo, Pantoja, que conocéis muy bien este terreno; y esto me hace pensar... desearia hablaros, consultaros...

PAN. Aquí mesmo despues me encontrareis.

SIL. Vendré á buscaros.

CON. A Dios, marqués. (*á Caracena.*) Señor! (*a don Juan.*)

JUAN. Que os guarde el cielo.  
Vete á la estancia próxima y espera  
hasta que yo te llame, buen Tadeo.  
(*vanse todos por el foro.*)

## ESCUENA VI.

VILLARS, DON JUAN, CARACENA.

CARA. Solos estamos ya.

JUAN. Lo deseaba,  
porque no se fingir; y, vive Cristo,  
que entre mis propias frases me enredaba  
y me descubro si en hablar persisto.

VILL. Sabeis, don Juan, que entre nosotros puede  
haber total franqueza, pues nos liga  
un interés igual; y así sucede  
que también al silencio nos obliga.

CARA. Nada es mas cierto.

JUAN. Solos nos hallamos,  
y, como vos decís, hablar podemos;  
pues hablemos, marqués... ¿En qué queda-  
mos

de la negociacion que proponemos?

VILL. De la boda, ¿no es esto?

JUAN. Justamente.

VILL. Mi rey al casamiento no se niega  
que deseáis, mas quiere espresamente  
que se cumpla el tratado de Nimega.  
En él, como es bien público y sabido,  
no se dejó mediar á la Inglaterra  
y esta nacion de orgullo desmedido  
á la Francia amenaza con la guerra.  
Luis catorce desea antes de todo,  
para burlar despues la inglesa saña,  
que el tratado, en la forma, tiempo y modo  
que el congreso fijó, cumpla la España.

JUAN. Memoria fiel teneis.

VILL. Como la vuestra.

JUAN. Se cumplirá el tratado, os lo prometo:  
pero ya que nos vemos en palestra,  
no haya entre ambos ficcion, no haya secre-  
to...

¿Qué piensa Luis catorce de Mariana?

¿Favorece mi plan ó el suyo ayuda?

¿Protegerá á la España?

VILL. Quién lo duda!

Es su aliado y por su bien se afana.  
(*Tan solo bará lo que á sus miras cuadre.*)

JUAN. (No me fio.) Villars, saber quisiera,  
claro os lo digo, si la reina madre  
por influjo de Luis vencer espera.

VILL. Francia respeta mucho á las naciones  
que sus vecinas son, para mezclarse  
en agenas civiles disensiones.

JUAN. Quiero decir, marqués... (le hará explicar-  
se.)

que no sé dō fijar mi entendimiento  
y quisiera salir de esta ignorancia...

¿Cuál es de vuestro rey el pensamiento?

¿Me contraresta ó me protege Francia?

VILL. Cuestion es esa para mi espinosa,  
no debo interpretar las intenciones  
de mi corte...

JUAN. (Respuesta bien capciosa!)

VILL. Carezco en este punto de instrucciones.  
(De aquí no he de salir.)

CARA. Cosa es bien rara  
que ignoreis lo que todos reconocen,

lo que en plazas y calles se declara  
y hace que los facciosos se alborocen.

VILL. No entiendo...

CARA. No? Pues escuchadme atento.

De público se dice, que la Francia  
estimula, protege y presta aliento  
de la reina Mariana á la arrogancia:  
que Luis la escribe por conductos varios,  
que sus furores y ambicion inflama,  
y que entre sus ineptos partidarios  
elogios y oro pródigo derrama.

Pero, qué mas? Aquí, en la misma corte  
la Francia ha introducido sus espías...

Nada se acuerda, que silencio importe,  
que Mariana no sepa á los dos días;  
los mayores secretos como el humo  
se pierden circulando en el espacio,  
como derrite de la cera el grumo  
el sol desde su fulgido palacio.

Muy poco importa que en fingida calma  
en Toledo se esté... Tiempo perdido!  
Allí tiene su cuerpo, aquí su alma;  
allí las manos, pero aquí el oído.

Os reis?

VILL. ¿Qué he de hacer, buen Caracena,  
cuando del vulgo la insolente hablilla  
tanto apreciáis? Por Dios que me da pena  
que así discurre un noble de Castilla.

CARA. Eso no es decir nada.

VILL. Es decir mucho.

CARA. No comprendo...

VILL. Es decir que á chanza tomo,  
señor de Benavides, lo que escucho.  
Pudiera hacerlo de otra suerte.

CARA. Cómo?

VILL. Por insulto á mi corte bien pudiera  
tomar vuestras palabras, y en tal caso  
satisfaccion cumplida os exigiré.

JUAN. Y yo os la diera sin ningun retraso.

El leon español no está dormido,  
aunque ostente su faz grave y serena,  
es aliento de muerte su rugido  
y ¡Ay del que toque su áspera melenal

VILL. Cuando el gobierno es fuerte, no lo dudo  
mas hoy que de facciones rodeado...

JUAN. No prosigais, marqués, he aquí el escudo  
(*llevando la mano al pecho.*)

que á España en cien combates á salvado.

Fiel guardador de la corona hispana  
velaré sin cesar de su decoro,

y muy poco me importan de Mariana  
los partidarios, ni de Luis el oro.

Si ellos levantan su maldita frente  
sentirá mi bridon el acicale,

y los arrollaré, como el torrente  
débiles cañas en su curso abate.

Señor embajador, mientras yo ejerza  
el mando, en nombre de mi hermano Carlos,

apelen los rebeldes á la fuerza,  
yo saldré, vive Cristo, á exterminarlos.

VILL. Si carece de leyes el Estado...

JUAN. Mientras la paz no quede asegurada,  
pienso mandar como hasta aquí he mandado;  
la ley de esta nacion será mi espada.

Concluyamos, marqués, del rey la boda  
con Maria Luisa de Borbon, se admite?

VILL. Si.

JUAN. Condiciones.

VILL. Que se cumpla toda

de Nimega la paz.

JUAN. Qué mas?

VILL. Que habite  
en la corte, en Madrid, doña Mariana.

JUAN. Tal exigencia conceder no puedo.

VILL. Pensadlo.

JUAN. Lo pensé.

VILL. Tal vez mañana  
os pese que la reina esté en Toledo.

JUAN. Amenazas á mi!

VILL. Yo no amenazo,  
un buen consejo, y nada mas, ofrezco.

JUAN. El consejo no admito, le rechazo;  
mas la buena intencion os la agradezco.  
(*irónicamente.*)

VILL. En este caso debo declararos  
que el enlace...

JUAN. Acabad.

VILL. Es imposible.

JUAN. Imposible!

VILL. Tendreis que sujetaros  
á la princesa de Austria.

JUAN. Preferible  
la muerte encuentro á boda semejante...  
Eso es veneerme, embajador, balirme;  
es realizar el sueño relumbrante  
de ese partido vil que quiere hundirme.  
Oh! no, jamás, jamás!

VILL. Ya presumia  
que esto era contrariar vuestro deseo;  
pero, en nada, don Juan, ceder podria  
por qué no se afectuase este himeneo?

JUAN. Terrible posicion! Cuerpo de Cristo!

Y... no hay remedio... (*pensativo.*)

VILL. (La tormenta aplaca.)  
¿i no cedeis, don Carlos...

JUAN. Está visto,  
le casarán con la princesa austriaca.

VILL. Así sucederá probablemente.

JUAN. Qué pensais, Caracena, del asunto?

CARA. Poco alcanzar, señor, puede mi mente  
para fallar en tan difícil punto,  
pero estoy por ceder; mas vale al cabo  
dar la parte, por no perder el todo,  
que ser del Austria despreciable esclavo  
y ocultar nuestras frentes en el lodo.  
El rey, bien lo sabeis, para su esposa  
á Maria Luisa de Borbon preliere;  
dadle gusto, señor, y no habrá cosa  
que vuestro influjo poderoso altere.

VILL. ¿Qué resolveis, don Juan?

JUAN. Lo que antes dije.

VILL. Fatal obcecacion!

JUAN. -Ceder no puedo;  
es por demas lo que de mi se exige...  
no ha de salir Mariana de Toledo.  
Esa muger contrasta mi destino,  
quiere eclipsar la estrella de mi suerte,  
y ya que se atraviesa en mi camino  
entre los dos decidirá la muerte.

VILL. La nacion sufrirá males sin cuento...

JUAN. Sufra pues la nacion.

VILL. Vuestra privanza  
tal vez concluya por tan loco intento...

JUAN. Concluirá mi poder con mi venganza.

VILL. Vais á ofender de Carlos el cariño...

JUAN. Conseguireis al fin que yo me aburra.  
¿Qué entiende de política ese niño?

Las gracias me dará cuando discurra.

VILL. Pero...

JUAN. Acabemos; basta de objeciones.  
Como mas le convenga obre la Francia,  
mas sin investigar mis intenciones.

He dicho.

VILL. (Qué selvática arrogancia!)

JUAN. Vamos. (*á Caracena.*)

CARA. Cuando gustéis. (*dándole el brazo.*)

JUAN. El cielo os guarde.

VILL. Y á vos, don Juan. (La fuerza que has per-  
dido

con esa terquedad sabrás mas tarde...

Por la reina Mariana me decido.)

(*levantase don Juan, y apoyado en el brazo de Caracena entra en la cámara del rey.*)

## ESCENA VII.

VILLARS.

Terrible es don Juan, agreste,  
no le convencen razones,  
y á su fin, á su ruina  
marcha con pasos veloces.  
El selo quiere, paciencia...  
Obedecer á mi corte  
es mi obligacion primera,  
y pienso no anduve torpe  
en la intriga... Si se enzarzan  
los partidos, si hay desórden,  
siarde la guerra civil...  
no dirá el buen Luis catorce  
que no le he servido.—Voy.  
voy á decir á mi corte  
lo que pasa, y á pedir  
terminantes instrucciones.  
(*sientase á una mesa y escribe.*)

»Tambien conviene  
»que algun pueblo se alborote  
»contra el príncipe,— las tropas  
»pocas y están en desórden.—  
»Oportuno tambien juzgo  
»que el Luxemburgo se tome  
»á toda costa.—Don Juan  
»es feroz, no reconoce  
»límite alguno su orgullo;—  
»convendrá que se le dome:—  
»dad cuenta á su magestad  
»y remitidme instrucciones.»

## ESCENA VIII.

VILLARS, escribiendo, y VALENZUELA aparece por  
la puerta del foro.

VAL. (Está escribiendo.)

VILL. (Acabé.) (*cerrando el pliego.*)

VAL. Marqués!

VILL. Quién me llama?

VAL. Yo.

VILL. Nos observa alguno?

VAL. No.

VILL. Estais seguro?

VAL. Si á fé.

Vuestro billete lei  
y de su objeto enterado,  
he venido de contado  
á que dispongais de mí.

VILL. ¿Qué hay de don Juan?

VAL. Poca cosa.



lo de siempre; enfermo sigue  
y día y noche le persigue  
alguna idea angustiosa  
que le atormenta y le agita,  
pues á su mal, á su tedio,  
no se encuentra ya remedio.  
Su cuerpo se debilita,  
su mente se desvanece,  
y en algunas ocasiones,  
por sus extrañas acciones,  
un demente me parece.

VILL. Su enfermedad nos ayuda,  
con maña la aumentaremos...  
aunque ya poco debemos  
temer su influjo.

VAL. Sin duda.

VILL. Y la reina?

VAL. Está corriente.

VILL. Cede ya en sus pretensiones?..

VAL. Cede.

VILL. En las negociaciones  
consiente por fin?

VAL. Consiente.

Sus amigos nada harán  
para provocar la lid,  
siempre que vuelva á Madrid  
y se desliere á don Juan.

VILL. Muy fuerte es la condicion!..

VAL. Pues piensa que es poca cosa  
si á Carlos dais por esposa  
á Maria Luisa Borbon.

VILL. Yo tal vez podré alcanzar  
que á la corte dé la vuelta,  
pero temo una revuelta  
muy seria, si á sospechar  
el pueblo llega algun día  
que al guerrero victorioso,  
que aseguró su reposo,  
desterrado se le envía.  
Don Juan tiene mil parciales  
que nos podrán dar qué hacer...

VAL. Mariana sabe volver  
los franceses, imperiales.  
Es juego de toma y daca...  
Deje la corte don Juan,  
y se acabó nuestro afán  
por la boda con la austriaca.

VILL. Si hubiese un medio capaz...

VAL. Mi talento no le alcanza.

Todo menos la privanza  
de ese soldado procaz.  
Mariana á la paz propende,  
sus amigos cederemos,  
á todo nos avendremos,  
menos á don Juan, se entiende.

VILL. Y si no fuese posible  
que abandonase esta tierra,  
¿movierais al rey la guerra?

VAL. Estremo fuera sensible...  
Pero aun cuando se opusiera  
la reina, que se opondria,  
su partido lucharía  
y la guerra sostuviera.

VILL. (Magnifico!) Yo no puedo  
en ese plan consentir.

VAL. Mas podeis hacer salir  
á la reina de Toledo.

VILL. Tal vez...

VAL. Y si eso podeis.

por qué á Carlos no indicais  
que salga don Juan?

VILL. Tocais  
un punto que no entendéis.  
Acaso indirectamente  
puedo apoyar vuestro plan,  
mas desterrar á don Juan  
mi corte no lo consiente.

VAL. Es decir, en conclusion,  
que vos, por distintos modos,  
estais jugando con todos,  
dando y quitando razon.  
Por cierto señor marqués,  
que es un poco sucio el juego!

VILL. Sed ahora prudente, os ruego,  
para juzgarme despues.  
En politica es frecuente  
saber hacer la desecha,  
y apuntar á la derecha  
para herir mejor al frente.  
Sois, vive Dios, muy novicio  
en esto de conspirar...!  
Teneis mucho que estudiar  
para aprender el oficio.

VAL. No diré que no... Esa maña,  
ese talento engañoso,  
podrá ser muy provechoso;  
pero se ignora en España.  
Sus hijos jamás fingieron,  
veraces, francos, explicitos,  
sus gustos buenos ó ilicitos  
siempre en alta voz dijeron.  
De la verdad el camino  
tan solo se sabe aquí...  
¿Qué quereis?.. Somos así,  
el pan, pan; y el vino, vino.

VILL. En una contradiccion  
hais incurrido, Tadeo,  
pues vos, segun lo que veo,  
obrais aquí con ficcion.  
Vos vinisteis á espiar  
al principe noche y dia...

VAL. La reina así lo exijia,  
y no quiero hacerme ahorcar.

VILL. Pero confesad sincero  
que fingis con propiedad...

VAL. Esta es una habilidad  
que aprendi en el estrangero.

VILL. Conque no nos arreglamos?

VAL. En vos consiste.

VILL. Eso no,  
la culpa no tendré yo  
si la ocasion malogramos.  
La reina madre... vendrá,  
resueltamente lo digo;  
respecto al principe, amigo,  
poco mi influjo valdrá.

VAL. Pues sin esa condicion  
no puedo empeñarme á nada.  
Habrá lucha y obstinada...

VILL. Tan facil es la explosion?..

VAL. Tan facil, que á duras penas  
podemos ya refrenar  
el impetu popular,  
mal sujeto entre cadenas.  
Y una palabra, una voz,  
un gesto que mal se aplique,  
hará que se rompa el dique  
de ese torrente feroz.

Y en aquel terrible día,  
de cólera el pueblo lleno,  
¿Quién podrá ponerle freno?  
¿Quién domará la anarquía?  
Tan atroz calamidad  
evitar con la prudencia,  
es un deber de conciencia,  
un deber de humanidad...  
Esto solo hacerlo pueden  
los que mandan... Vos también...

VILL. Yo!

VAL. Si se les trata bien  
los pueblos oyen y ceden.

VILL. (Cada vez más me confunde  
el lenguaje de este hombre!..  
Hasta su modesto nombre  
serías sospechas me infunde.)

VAL. Pensativo estás.

VILL. Si á fé.

Pienso en lo que vos decís,  
siento lo que vos sentís,  
y á que atenerme no sé.  
Hasta comienzo á dudar  
que tengáis tanta influencia  
como parece.

VAL. Vuecencia

sabe como debe obrar:  
sabe que me ha de tener  
constantemente á su lado,  
y en todo lance apurado  
consultar mi parecer.

VILL. Mi rey así lo mandó  
en los pliegos que tragisteis,  
y desde entonces ya visteis  
como me conduzco yo.  
Y esta recomendación  
tan secreta como extraña,  
me hace pensar que en España  
sois hombre de elevación;  
aunque, para oculto plan  
disfrazado con librea,  
seáis para quien os vea  
doméstico de don Juan.

VAL. El, por vos, me dió esta plaza.

VILL. Así lo quiso mi rey,  
y obedecer es mi ley...

Pero vos no tenéis traza  
de ser un hombre vulgar.

VAL. Tal vez...

VILL. ¿Acerté?

VAL. Marqués,  
dejemos esto, que es  
larga historia de contar.

VILL. En mi prudencia no creo  
que tenéis gran confianza.

VAL. Oh! muchísima!

VILL. Eso es chanza.

Ni aun sé quien sois...

VAL. Soy... Tadeo.

VILL. Va!

VAL. Pues.

VILL. No sois tan novicio  
como pensé en conspirar.

VAL. Pues aun tengo que estudiar  
para aprender el oficio.

VILL. En el negocio pensad  
que está nuestra suerte puesta.

VAL. Pensaré y daré respuesta.

VILL. Encargo la brevedad.

VAL. Descuidad. A Dios, marqués.

VILL. El os guarde, cual deseo.

(Buena pieza es el Tadeo!)

VAL. (Linda alhaja es el francés!)

(vase Villars por el foro y Valenzuela por la segunda puerta de la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES DE LICHE, EL DUQUE DE MEDINACELI y  
VILLARS.—A su tiempo aparece VALENZUELA.

MEDI. Mucho me admira, marques.

LICHE. Ah! Pues lo sé bien de cierto,  
ya es voz muy autorizada,  
otra cosa no habla el pueblo.

VILL. Liche, es una atrocidad!

LICHE. Inaudita... y aun por eso  
nos hallamos en el caso  
de desmentir con empeño  
esa conseja ridícula  
que tiende á nuestro descrédito.

MEDI. Y dan pormenores?

LICHE. No:  
dicen solo que el progreso  
de la enfermedad del principe  
se debe á nuestros manejos;  
que por deshacernos de él  
lento y terrible veneno  
le hemos dado... porque, añaden,  
en cuanto don Juan sea muerto,  
entre sí deben partirse  
los honores y el gobierno.

MEDI. Infames!

VILL. Tranquilizaos,  
despreciad esos dictérios  
que en el inocente vulgo  
esparcen los descontentos,  
para formarse partido  
y alcanzar mejor sus medros.  
Los revoltosos de oficio  
apelan á los denuestos,  
á la intriga, á la calumnia  
para llegar á su objeto,  
y si consiguen fijar  
la atención, su triunfo es cierto.  
No contesteis á sus voces,  
que es darles merecimiento;  
y á esos reptiles inmundos  
les mata solo el desprecio.

LICHE. ¿Sabeis como está don Juan?

MEDI. Como siempre; sigue enfermo  
y tan vilioso y feroz  
como de costumbre.

LICHE. Eso  
no es novedad; yo pregunto  
si piensa con su proyecto  
seguir adelante.

VILL. Yo  
mil reflexiones le he hecho  
acerca de la política  
con que gobierna estos reinos,  
y únicamente he logrado  
que dé su consentimiento

para que la reina madre  
regrese de su destierro.

LICHE. Ya es algo... Pero decidnos  
de esa concesion el precio.

VILL. Exige absolutamente  
que la reina y sus prosélitos,  
en cuanto al real matrimonio  
desistan de sus proyectos.

LICHE. Teme al Austria, bien se vé;  
porque comprende de cierto,  
que unida aquella potencia  
por los lazos de himeneo  
á la España, él perderá  
su omnimodo valimiento,  
y le hará espíar Mariana  
la afrenta que está sufriendo.  
Pero se engaña, pardiez!

Aun alienta en nuestros pechos  
el corazon varonil

de nuestros nobles abuelos,  
aun queda sangre española  
dispuesta á verse á tiempo,  
tanto en defensa del rey,  
como en defensa del pueblo.

Hartos estamos de injurias,  
hartos de sus desafueros,  
hartos de ser el juguete  
de ese bastardo soberbio.

Con su absoluto poder,  
decid, señores, ¿qué ha hecho?

Avivar la insurreccion  
de Cataluña, dar fuego  
al Portugal, dar á Francia  
influencia, valimiento...

VILL. Yo os diré... (*interrumpiéndole.*)

LICHE. Disimulad, (*lo mismo.*)

marqués, lo que digo siento,  
y juzgo que no me engaño;  
don Juan es de Francia siervo,  
y á la voz de Luis catorce  
obedece mudo y ciego.

Y aunque susceptible fuera  
de disculpa este defecto,  
¿lo es por ventura el econo  
con que persigue frenético,  
á los que á la reina madre  
noblemente defendieron?

¿Así se ganan amigos?  
¿Se adquieren así prosélitos?  
¿Es proceder como honrado,  
es accion de caballero,  
el encerrar á Mariana  
en los muros de Toledo,  
dándola, como por mofa,  
aquel inútil gobierno?

Quien así, marqués, se porta,  
es mas que malvado, necio;  
y quien venga en una dama  
su político despecho,  
ni es noble, ni es español;  
que aquí por regla tenemos,  
lidiar con hombres barbados,  
rendirnos al bello sexo.

VILL. Es decir, don Luis de Haro,  
que sois partidario acérrimo  
del Austria.

LICHE. En este negocio.

Entendeis...?

VILL. Pues os advierto,

para que os sirva de norma,  
que sobre el enlace régio,  
cuanto intenteis, cuanto hagais,  
no es mas que perder el tiempo.

MEDI. Pues qué, consiente Mariana?

VILL. Consiente.

LICHE. Es posible!

VILL. Es cierto,  
no lo dudeis; tengo pruebas  
de que se aviene á este arreglo.

LICHE. Y si regresa la reina  
á Madrid, ¿del ministerio  
saldrá don Juan?

VILL. Me parece  
que no se ha tratado de eso.

LICHE. No? Pues entonces os juro  
que sabré poner en juego  
mis relaciones, mi influjo,  
para que aborte un proyecto  
del que ninguna ventaja,  
marqués, esperar podemos.

MEDI. No os acaloreis, don Luis,  
moderad ese ardor ciego,  
que puede comprometer  
á la reina y á los nuestros.  
El coloso ha de caer  
solo por su propio peso.

LICHE. Por qué?

MEDI. Que tal preguntéis!

Si en medio de un llano inmenso  
se elevase una pirámide  
combatida por los vientos,  
y en su cúspide quisiera  
fijar un hombre su asiento,  
al verle caer, ¿dudaría  
quién pudo arrojarlo al suelo?  
Su posiccion, su locura,  
su gravedad, su aislamiento.

LICHE. Discurris, Medinaceli,  
grandemente, lo confieso:  
mas no tiene aplicacion  
en este caso...

MEDI. Silencio!

Alguien viene.

(*sale Valenzuela por el foro y se entretiene por la  
escena, procurando oír la conversacion.*)

VILL. No hay cuidado.

LICHE. Quién es?

MEDI. El ugiar Tadeo,  
el hombre de confianza  
del principe...

VILL. Es un doméstico  
inofensivo.

MEDI. Será  
como decís, pero temo...

LICHE. Bien dicho. En otra ocasion  
el coloquio seguiremos.

VILL. Como gustéis.

MEDI. Dios os guarde.

VILL. Acompañaros deseo,  
pues yo tambien me retiro,  
si lo permitís.

MEDI. En ello  
nos honrareis por demas.

LICHE. Pasad. (*á Villars, en la puerta del foro.*)

VILL. Vos.

LICHE. No lo consiento.

(*vanse todos por el foro, tomando la delantera el  
embajador de Francia.*)

## ESCENA II.

VALENZUELA.

Estraña suerte es, vive Dios, la mía.  
 Quién soy? Qué valgo yo? Qué represento?  
 Soy un proscrito —nada valgo hoy día—  
 represento el papel de infame espía...  
 Y no obstante el honor me presta aliento.  
 Favores hay que matan, distinciones  
 que hacen al hombre hollar de honor las le-  
 yes...

Hay momentos de prueba, hay ocasiones  
 en que, por gratitud, nobles varones  
 se rinden al capricho de los reyes.  
 Mas esta posición triste, azarosa,  
 es un deber de honor, si bien se explica...  
 Mariana fué conmigo generosa...  
 Mucho puede una dama, si es hermosa!  
 Mucho puede una reina, si suplica!  
 Pero también en mi fatal empleo  
 suele alivio encontrar el pecho herido...  
 Si no puedo alcanzar cuanto deseo,  
 alguna vez á mi adorada veo  
 y de su dulce voz oigo el sonido.  
 Pues bien: valor! Los fuertes corazones  
 no ceden al rigor de las desgracias:  
 el cielo premiará mis intenciones...  
 Patria y amor dirigen mis acciones,  
 patria y amor, tal vez, me darán gracias.  
*(saca un papel y va á colocarle debajo de uno de los floreros, en cuyo momento aparece Gomez Silva.)*

## ESCENA III.

VALENZUELA y GOMEZ SILVA.

SIL. Dios guarde al señor Tadeo.  
 VAL. Y él á vos.  
 SIL. Qué se hace?  
 VAL. Nada;  
 los adornos de esta mesa  
 por divertirme arreglaba.  
 SIL. Muy bien... Hombre, este florero  
 no conserva la distancia  
 conveniente, separadle  
 á la izquierda media cuarta...  
 VAL. Si está bien.  
 SIL. Qué disparate!  
 Yo le pondré. *(queriendo colocar el florero.)*  
 VAL. *(conteniéndole.)* Eso faltaba,  
 que vos os incomodaseis  
 cuando yo...  
 SIL. Si á mi me agradan  
 estas cosas.  
 VAL. ¿Os han hecho  
 por ventura maestresala?  
 Dejadme. *(El diablo le lleve.)*  
 SIL. Buen viejo, ¿os picais?  
 VAL. Me enfada  
 que otro haga mi obligacion.  
 SIL. *(Vaya un enfado! Aquí hay maula.)*  
 Dejadme...  
 VAL. Ya está bien puesto.  
 SIL. *(Ola! Qué miro? Una carta!*  
*Disimulemos.)* Decid,  
 ¿habeis visto en esta sala  
 al caballero Pantoja?  
 VAL. No señor.

SIL. Pues le esperaba.

VAL. Pues no ha venido.

SIL. Ya entiendo.

Y no saheis?...

VAL. No sé nada.

(Preguntan el hombre viene.)

SIL. *(Viejo es de poca cachaza.)*

Os vais?

VAL. ¿Teneis que mandarime?

SIL. No por cierto. *(Vaya en gracia*

y no vuelva... Asi veré

lo que contiene la carta.)

*(vase Valenzuela por el foro.)*

## ESCENA IV.

GOMEZ SILVA.

Gracias á Dios que se fué!  
 La impaciencia me mataba...  
 Tengo gran curiosidad  
 de ver qué secretos guarda  
 ese papel... Gente viene...  
 y es Pantoja... Le esperaba,  
 pero ahora doy á los diablos  
 su inoportuna llegada.  
 Voy á decirle... mas, no,  
 aguardaré á que se vaya;  
 aclarar solo el misterio  
 puede que cuenta me traiga.

## ESCENA V.

GOMEZ SILVA y PANTOJA, por el foro.

PAN. Ya estais aqui? Vive Dios  
 que sois esacto y puntual  
 en vuestras citas.

SIL. No tal;  
 soy tan puntual como vos.

PAN. Estamos solos, podeis  
 vuestra consulta empezar;  
 dispuesto estoy á escuchar  
 cuanto decirme gustéis.  
 Y aunque no alcanza muy lejos  
 mi talento, probaré  
 si en vuestras dudas podré  
 daros algunos consejos.  
 Empezad, pues.

SIL. Lo primero  
 que quiere saber mi afán,  
 es si morirá don Juan.

PAN. No soy santo, ni hechicero,  
 pero, ¿quién en la jornada,  
 que con disgusto profundo  
 ha de hacer por este mundo,  
 tiene la vida comprada?

SIL. Si á chanza tomáis la cosa,  
 escusado es el hablar.

PAN. Y qué os he de contestar  
 á pregunta tan donosa?

SIL. Don Juan está enfermo...

PAN. Bien,

y tal vez al dar un paso  
 muera; ó viva mas, acaso,  
 que el mismo Matusalen,

SIL. Pues corriente, prescindamos  
 de esta cuestion, y tratemos  
 de lo que actualmente vemos,  
 los que palacio pisamos.

(Valenzuela aparece en el foro, oye los cuatro siguientes versos y se retira.)

Yo estoy muy comprometido,  
porque deliando á don Juan,  
y al mismo tiempo en el plan  
de la reina me han metido:  
y no sé como salir  
de este oscuro laberinto,  
ni soy blanco, ni soy tinto.

PAN. Debeis ver, callar y oír.

Esta es la marcha prudente,  
Silva, que habeis de adoptar;  
y sobre todo cuidar  
de no ir contra la corriente.

Hasta de los mas amigos  
recatad vuestra opinion,  
y prestad con discrecion  
apoyo á los enemigos.

Que estos ocultos favores  
hechos á tiempo y con tino,  
facilitan el camino

de unirse á los vencedores.

La politica es un juego

de la gente cortesana,

donde el mas fullero gana

lo que pierde el torpe y lego.

Los partidos, en rigor,

no merecen servidores;

y si todos son peores,

el que triunfa es el mejor.

SIL. Os burlais?

PAN. No, por mi fé.

Os digo la verdad pura.

SIL. Sin embargo, es cosa dura

faltar al principe...

PAN. Y qué?

El marqués de Liche, ese hombre

hoy tan amante del trono,

que con reverente tono

siempre pronuncia su nombre,

no hace mucho detestaba

la magestad que hoy invoca,

y era de injurias su boca

un torrente cuando hablaba.

Furioso por no alcanzar

de su padre los honores,

proyectaron sus rencores

al monarca asesinar;

y bajo del coliseo

hizo una mina, de suerte

que el rey pudo ballar la muerte

donde buscaba el recreo.

Paréceme que este intento

olvidarse no debiera,

aunque el marqués prometiera

sincero arrepentimiento.

Pues, con mengua de la ley,

hoy tiene honores, grandeza,

y dice que su cabeza

es propiedad de su rey.

Caracena es otro tal,

adulador, intrigante,

de caracter dominante

y orgulloso sin igual.

Por hacerse el necesario

fué contra los portugueses,

y solo alcanzó reveses

en su empeño temerario.

De su arrogancia ambiciosa

otro fruto no sacó,  
que el polbo que recogió  
huyendo en Villaviciosa,  
donde cuatro mil soldados  
perdió, catorce cañones,  
el bagage y municiones,  
y dejó mil rezagados.  
Estos los títulos son,  
las glorias de Caracena;  
mas él con frente serena  
deja á la murmuracion  
que critique cuanto pueda,  
á su sabor y sin tasa;  
porque la critica pasa  
y el provecho en casa queda.  
Contreras, Velez, Barrientos,  
Ruiz, Sandoval y Granados  
son unos pobres menguados,  
ó mas bien unos hambrientos  
que hoy adulan á don Juan  
por comer, y que mañana  
adularán á Mariana;  
su opinion no es más que pan.  
Ya veis que entre gente tal  
si la echais de escrupuloso,  
constante y pundonoroso,  
habeis de parecer mal.  
Qué! ¿Dudais?

SIL. Y vos, Pantoja,  
¿cómo no poneis en práctica  
toda esa sublime táctica?

PAN. Porque me enfada, me enoja  
hasta el ruido de la corte;  
y porque, aunque entiendo bien  
las cosas, este belén  
no es para hombres de mi porte  
Figurára si quisiera,  
pero, ¿qué he de ambicionar?  
¿Mas riquezas me han de dar  
que tengo yo en Antequera?

SIL. Dichoso vos!

PAN. Muy dichoso,  
pues que consigo vivir  
sin verme espuesto á servir  
de juguete á un poderoso.

SIL. Seguiré vuestros consejos.

PAN. Bien hareis.

SIL. Y tendré cuenta  
para evitar la tormenta  
cuando llegue...

PAN. No está lejos.  
Venis?

SIL. Aguardo á un amigo;  
si otra cosa no mandais...

PAN. No por cierto: vos estais  
siempre cumplido conmigo.  
(cose por el foro.)

## ESCENA VI.

GOMEZ SILVA.

Dice bien; para medrar  
en las cortes es forzoso  
ser muy poco escrupuloso,  
y saber disimular.  
Si yo consigo ganar  
con uno y otro partido,  
mis afanes se han cumplido;

y si tan misero soy  
que me quedo como estoy,  
maldito lo que he perdido.  
Mas ahora que ya se fué  
mi consejero juicioso,  
de ese papel misterioso  
el secreto aclararé.  
¿Qué podrá ser? Lo veré,  
y si llego á sospechar  
que es cosa que pueda dar  
influencia ó valimiento,  
se lo revelo al momento  
á quien lo pueda pagar.

## ESCENA VII.

GÓMEZ SILVA Y VALENZUELA.

(*Silva va hacia la mesa donde estan los floreros y saca la carta. Valenzuela, que le ha observado desde el foro, se coloca detrás de él y se dispone á quitársela.*)

SIL. No me equivocaba yo,  
es la misma, vive Cristo!  
Pues que ninguno me ha visto  
he de enterarme...

VAL. Eso no. (*te arrebatara la carta.*)

SIL. ¿Quién es el audaz! (*sorprendido.*)

VAL. Tadeo.

SIL. ¿Y quién tamaña violencia,  
tan inaudita insolencia  
puede autorizar?

VAL. Mi empleo.

SIL. Osado sois, vive Dios,  
pero os sabré castigar.

VAL. Porque no os dejo tomar  
cosa que no es para vos?

SIL. Y es vuestra acaso?

VAL. Os diré...

No es mía, pero lampoco  
os pertenece.

SIL. O sois loco,  
ó qué sospechar no sé.  
Nadie tal atrevimiento  
con Gómez Silva ha tenido.

VAL. Si mi accion os ha ofendido  
culpado solo á vuestro intento.  
He obrado como debía.

SIL. Como villano...

VAL. Y es llano,  
que no ha de obrar el villano  
mejor que vueseñoría.  
Pues cuando vos olvidais  
lo que á vos mismo os debeis,  
en el trance me poneis  
de faltar, cual vos faltais.

SIL. Tenga en cuenta el viejo loco  
que está sola la antesala.

VAL. No hagais del desprecio gala,  
porque me importa muy poco

SIL. Al príncipe enteraré  
de tu infame demasia.

VAL. Decidlo, por vida mía;  
yo también se lo diré.  
Ya que por maña he vencido  
quiero vencer por razon,  
y haceros ver la intencion  
que en este asunto he tenido.

Este papel misterioso  
que cogisteis con afán,  
es secreto en que don Juan  
cifra su suerte y reposo.  
Y vos, siendo tan su amigo,  
jamás debisteis querer  
sos secretos sorprender,  
cual pudiera un enemigo.

SIL. Su alteza no se ofendiera  
pues sabe mi lealtad.

VAL. Punto es ese que en verdad  
cuestionarse bien pudiera.

SIL. ¿Qué osais decir?

VAL. Que no puedo

considerar muy leal,  
al que trato criminal  
tiene con los de Toledo:  
al que al príncipe defiende  
por una ambicion liviana,  
y con la reina Mariana  
allá en secreto se entiende:  
al que adula á dos partidos  
por la esperanza del oro,  
y al que sin fé, sin decoro,  
busca... sus bienes perdidos.

SIL. Cielos! (*deseconcertado.*)

VAL. Os turbais? No gusto  
de estas escenas... Marchad  
con Dios, y disimulad  
mi proceder algo adusto.

SIL. (¿Qué hombre es este! Aquí hay misterio.)

VAL. Sed, Gómez Silva, prudente,  
mientras que don Juan caliente  
la silla del ministerio.

SIL. (El diablo es, así lo creo.)  
Voyme pues, porque es forzoso...  
Pero, viejo misterioso,  
decidme, ¿quién sois?

VAL. Tadeo.

SIL. (Este enigma he de aclarar,  
aunque arriesgue la cabeza.  
El ofendió mi nobleza,  
mas yo me sabré vengar.)

(*vase por el foro.*)

## ESCENA VIII.

VALENZUELA.

Suerle desgraciada mía,  
¿qué quieres de mí? ¿qué intentas?  
que ni peligros te bastan  
ni te satisfacen penas!  
Hoy he podido perderme  
por la fatal imprudencia  
de dejar abandonada  
esa carta... No creyera  
que la hubiese visto... En fin,  
valióme la estratagema  
de decirle que era cosa  
del príncipe... mas la fuerza  
que he tenido que emplear  
para arrancársela, esa  
no me la perdonará;  
y si á su venganza encuentro  
ocasion... Pero alguien abre,  
si no me engaño, esa puerta...  
Es ella! Ya retirarme  
no es posible... Amor, prudencia!

## ESCENA IX.

VALENZUELA, y doña SOL hablando á FLORA en la puerta de la derecha, dando la espalda á aquel, á quien no ve hasta el momento que lo indica el diálogo.

SOL. Ten cuenta, Flora.

FLOR. Muy bien.  
Su Excelencia está ocupado,  
y pienso que no hay cuidado.

SOL. Si acaso, al instante ven. *(vase Flora.)*  
Ah! *(sorprendida al ver á Valenzuela.)*

VAL. *(Qué hermosa!)*  
SOL. Yo venia... *(turbada.)*  
porque mi padre un papel  
olvidó...

VAL. Venis por él?  
Tomele vueseñoría.  
*(¿Quién tan celeste hermosura  
podrá imposible mirar?)*  
Está? *(á Sol, que anda registrando bajo los  
floreros.)*

SOL. No le puedo hallar

VAL. Pues lo siento.

SOL. Suerte dura!

VAL. Tanto os importa?

SOL. Si á fé:  
acaso mas que pensais.

VAL. Poco afortunada estais.

SOL. Nunca propicia me fué  
la fortuna.

VAL. *(He de dejarla  
entregada á su afliccion,  
cuando sin esposicion  
puedo y debo consolarla?)*  
No extraño se haya perdido  
ese papel, pues aquí  
debe haber duendes... A mi  
lo propio me ha sucedido.  
De cierto amigo emigrado,  
á quien aprecio sincero,  
puse allí, bajo el florero,  
una carta, y la han tomado.

SOL. Cielos! Emigrado?

VAL. Si.

SOL. Y es vuestro amigo? *(con mucho interes.)*

VAL. El mejor.

SOL. Y os confía?..

VAL. Hasta su amor.

SOL. Sabeis de él?

VAL. Como de mi.

SOL. Su nombre...

VAL. Callarlo debo.

SOL. Y dónde está? *(muy agitada.)*

VAL. No lo sé.

SOL. Se acuerda de mi?

VAL. Si á fé.

SOL. Quiero verle...

VAL. No me atrevo.

SOL. Pero, es Fernando?

VAL. Fernando.  
*(Mal mi prudencia resiste.)*

SOL. Oh! Si me viera tan triste,  
y como por él penando  
consumo la vida mia,  
aliviára mi quebranto,  
y por enjugar mi llanto

á todo se arriesgaria.

VAL. No lo dudo, porque os ama.

SOL. Es cierto?

VAL. Así me lo dijo.

SOL. Su recuerdo vive fijo  
en el pecho de su dama.  
Pero, dónde, dónde está?  
No tan cruel querais ser  
con una pobre muger,  
que á perder el juicio vá.  
Por piedad!.. Hecho pedazos  
teneis ya mi corazon!..  
Dó está?

VAL. *(Venció mi pasion.)*

Bella Sol, está en tus brazos!

*(quiere abrazarla y Sol le rechaza sorprendida.)*

SOL. Cielos!

VAL. Yo soy.

SOL. Desvario!

VAL. Soy tu Fernando, tu amante...

SOL. Esa voz! Ese semblante...

No hay duda... Fernando mio! *(se abrazan.)*

VAL. Ten prudencia, ó nos perdemos.

SOL. Al fin te vuelvo á encontrar!

Al fin podremos hablar

del amor que nos tenemos.

Qué gozo!

VAL. Si, vida mia,  
desde hoy unidos los dos...

Pero, ¿qué tienes? Gran Dios!

*(á Sol que se apoya en su brazo casi desvanecida.)*

SOL. Ah! Me mata la alegría!

VAL. *(Que compromiso!)* Modera  
esa pasion que te inflama.

SOL. Fernando, aunque yo quisiera,  
mal se reprime quien ama.  
Pero, cómo te has salvado?  
¿Por qué vistesese traje?

VAL. Ya sabes mi triste viage  
y por qué fui desterrado  
á Filipinas. Mi suerte  
no quiso que allá arribase,  
sin que otro dolor probase  
mas horroroso, mas fuerte.  
Imprevista tempestad  
nuestro bajel arrastró,  
y á otro rumbo le lanzó  
con rauda celeridad.

El sol entre densa bruma  
su luz nitida velaba,  
y el mar sus ondas alzaba.  
entre festones de espuma.  
De las nubes el licor  
en torrentes descendia,  
y en lontananza se oía  
de los truenos el fragor.  
En medio de la tormenta  
el rayo en el cielo brilla,  
arde la jarcia, y la quilla  
en las arenas se asienta.  
En tan triste situacion,  
marineros y soldados  
esfuerzos desesperados  
hacen por su salvacion...  
pero inutilmente: el viento  
el incendio propagó,  
y ninguno se salvó.  
Yo en el liquido elemento  
y asido á un leño, luché

contra las angustias mías  
por espacio de dos días...

SOL. Qué horror!

VAL. Por fin me salvé.

Un buque me diviso,  
cuando ya mi fuerza inerte  
iba á entregarme á la muerte,  
y á bordo me recogió.

SOL. Y despues?

VAL. A Francia fui;  
y sin perder un momento  
de mi riesgo y salvamento  
noticia á la reina di.  
Esta me recomendó  
á un ilustre personage,  
quien al saber mi linage  
al rey Luis me presentó;  
y en secreta conferencia  
se me dió una comision  
de interés, de esposicion,  
y de grave trascendencia;  
que es menester relaciones  
con Francia y su embajador  
y de Mariana mejor  
dirigir las intenciones.  
Al embajador francés  
orden de su rey le trage,  
para que unido trabaje  
conmigo; de suerte que es,  
en este raro negocio,  
quien hace peor papel;  
pues yo le conozco á él  
y él no conoce á su socio.

SOL. Y si don Juan...?

VAL. Mi persona  
tambien le es desconocida,  
pues no me ha visto en su vida.  
El estaba en Barcelona  
cuando yo aqui figuraba...  
Si despues me persiguió  
fue por mi apellido, no  
porque yo le molestaba.

SOL. Ah! Fernando, ahora comprendo  
lo bien que haces en vivir  
oculto, sin descubrir  
quién eres. Todo lo entiendo.  
Pero, ¿por qué no abandonas  
esos negocios politicos?  
¿Por qué tantos riesgos criticos  
en torno de ti eslabonas?  
¿No fuera mejor, Fernando,  
que no espusieras tu vida,  
que es para mi tan querida,  
viviendo en reposo blando?

VAL. No es posible.

SOL. Y aun dirás  
que me quieres, cuando así  
te arriesgas, y no es por mí!  
No me has amado jamás!  
Yo para vivir contigo  
cediera de buena gana  
esta pompa inútil, vana,  
con que me abrumo y fatigo.  
Y allá en un rincón de España  
tuvieran nuestros amores,  
por alientelas flores,  
por palacio una cabaña.  
Y cuando sin pena alguna  
sentados entre el tomillo,

su dulce rayo amarillo  
fuese estendiendo la luna,  
en amorosas querellas  
pasáramos la velada,  
viendo en la esfera azulada  
reverberar las estrellas.

Y el céfiro voluptuoso  
nos tragera del vergel,  
de la rosa y el clavel  
el aroma delicioso...  
y viviéramos gozando  
sin temor alguno allí,  
yo tan solo para ti,  
y tú para mí, Fernando.  
¿No fuera hermosa esta vida?  
La imaginas tú mas bella?

VAL. No, mas me niega mi estrella  
felicidad tan cumplida.  
Bella es la aurora al nacer  
y el sol en el occidente,  
bella la flor, si el ambiente  
la hace en su tallo mecer;  
y la estrella fulgorosa,  
si en medio de noche umbria  
su rayo de luz envia  
sobre la mar procelosa.  
La naturaleza es bella  
en todo cuanto ha creado,  
mas, ¿qué valen á tu lado  
aurora, sol, flor y estrella?

#### ESCENA X.

*Dichos y FLORA que entra precipitadamente.*

FLOR. Señora, señora!

SOL. Qué?

FLOR. Aqui viene su excelencia,  
retiraos.

VAL. Imprudencia  
fuera quedarte.

SOL. Lo sé.

VAL. A Dios, Sol.

SOL. A Dios, Fernando.

VAL. Volverás?

SOL. Lo intentaré,  
pero no sé si podré.

FLOR. El tiempo se vá pasando  
y el marqués puede llegar.

SOL. A Dios!

FLOR. ¿Volvemos al tema?

SOL. No acierto...

FLOR. (¡Jesus, que flemma!)

SOL. Vamos.pues.

FLOR. Sin vacilar.

*(vanse las dos por la puerta de la derecha.)*

#### ESCENA XI.

VALENZUELA, despues CARACENA saliendo de su habi-  
tacion con un papel en la mano.

VAL. El secreto de mi vida  
he descubierto, y pardiez  
que no sé si anduve cuerdo  
en ello; pues la muger  
no tiene tanta reserva  
como fuera menester.  
Pero aquí el marqués se acerca...  
Fernando, volvamos pues



á representar de nuevo  
nuestro misero papel.

(*vase al foro donde queda paseando lentamente.*)

CARA. Tienen razon mis amigos,  
fuerte compromiso es,  
y yo debo prepararme  
para no arruinarme en él.

(*leyendo la carta.*)

Qué diablo! Esto bien se dice,  
pero de decir á hacer  
hay muy notable distancia...  
Si falto al principe... bien,  
puedo ganar; mas si luego  
él logra prevalecer  
me he perdido... Es mas seguro  
serle todavia fiel.

Quiere que estalle en Toledo  
un motin, y que le den  
vivas, y contra la reina  
el populacho soez  
se desate... Consecuencias  
terribles puede traer  
este paso, pero yo  
no debo retroceder  
en el camino que sigo.

Adelante, escribiré  
á quien puede en un momento  
el desórden promover.  
¿Cómo saldremos de lance?  
Eso se verá despues.

(*Se acerca á la mesa deja el papel doblado que tiene  
en la mano, coge otro y se pone á escribir.*)

VAL. (Páreceme que agitado  
por demas anda el marqués.  
Alguna intriga está urdiendo.)

CARA. Esta es la cosa... Acabé.  
(*se levanta doblando el papel que ha escrito.*)

¿Y no pudiera algun dia  
acaso darme qué hacer  
esta escitacion al pueblo?  
Con mil dudas á la vez  
batallo... Estoy indeciso...

(*Tira el papel, ya doblado, encima de la mesa y se  
pasea con la mayor agitacion.*)

Señor! señor! Es cruel  
mi posición... Pero al cabo (*despues de refle-*  
*xionar.*)

preciso es obedecer.

(*siéntase de nuevo y cierra un pliego poniendo den-*  
*tro, no lo que ha escrito, si no el papel que socó á la*  
*escena. Este cambio se hará rápidamente y del mo-*  
*do mas perceptible que se pueda.*)

CARA. Ola!

VAL. Señor.

CABA. Este pliego  
con la mayor rapidez  
haced que á Toledo llegue,  
y á quien va el sobre.

VAL. Está bien.

CARA. ¿Cómo está su alteza?

VAL. Mal.

CARA. Abrídmelo, le quiero ver.

(*Valenzuela abre la puerta de la cámara de don  
Juan y vase Caracena.*)

## ESCENA XII.

VALENZUELA.

No se por qué el corazon

me dice que aqui hay misterio..

El aspecto del marqués,  
y la urgencia con que el pliego  
quiere que á Toledo vaya,  
me hacen sospechar... ¡Qué veo!

Olvidado este papel (*reparando en el papel  
que Caracena dejó en la mesa.*)

ha dejado... si, en efecto...

Parece recién escrito  
y si no me engaño... Cielos!

Es ilusion? No creyera  
lo mismo que estoy leyendo!  
Bien, señor marqués, muy bien!  
Noble es por Dios el desco  
que os anima! La serpiente  
quiere su tosigo fiero  
derramar; pero no importa,  
yo pondré el contraveneno,  
Voy á avisar á la reina  
sin pérdida de momento;  
mas sin descubrir quién sea  
el autor de tal proyecto;  
que al fin es padre de Sol  
y merece mis respetos. (*siéntase á la mesa y  
escribe.*)

Pocas palabras, al grano...

Está corriente... Lo cierro.

Mas, ¿qué habrá poesto el marqués  
por distraccion aqui dentro?  
Cualquiera cosa, es igual.

(*se levanta con los pliegos en la mano y el papel  
abierto que dejó Caracena.*)

Despachemos los correos.

Ola! (*llamando, aparecen dos criados.*)

CRIADO 1.º Qué mandais?

VAL. Tomad  
ahora, en este instante mesmo  
caballos; vais á marchar.

CRIADO 2.º A dónde pues?

VAL. A Toledo.

En cuanto llegueis, al punto  
entregad estos dos pliegos,  
este á la reina Mariana,  
este á don Lope Revuelto.  
¿Entendeis?

CRIADO 1.º Perfectamente.

CRIADO 2.º Vereis si somos ligeros.

VAL. Tu aprieta el paso, de modo  
que llegar puedas primero.  
(*al que lleva el pliego de la reina.*)

Tú, detente en el camino  
unas dos horas lo menos,  
pues no es cosa tan urgente  
lo que se dice á Revuelto.

CRIADO 1.º Está muy bien.

VAL. Al instante  
partid ambos á Toledo. (*vanse los criados.*)

De esta manera la Reina  
podrá precaverse á tiempo,  
Yo, por bien de Caracena,  
y acaso por mi provecho,  
me reservo este papel.  
Fortuna, pues tus cabellos  
dicen que es preciso asir  
en la ocasion, no tan necio  
he de ser que la malogre  
cuando utilizarla puedo.

(*vase por el foro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

VILLARS saliendo por el foro.

Muy bien va el negocio! Bien?  
Apenas creerán la Francia  
y el rey lo que he conseguido,  
ó por mi suerte, ó por mañana.  
Lisongear á los unos,  
intimidar con instancia  
á los otros... Me parece  
que esto no es ir por las ramas.  
El joven Carlos se presta  
dócil á nuestra alianza,  
y, lo que es mas, he observado  
que el amor su pecho abrasa.  
Y don Juan? Débil, enfermo,  
impaciente el freno tasca.  
Ese hombre por su valor,  
su atroz caracter, su audacia,  
para vivir entre el ruido  
de un campamento es balaja;  
pero de intrigas de corte  
no entiende ni una palabra.

### ESCENA II.

VILLARS Y VALENZUELA por el foro.

VAL. Os he visto entrar y vengo  
por si me necesitabais...  
VILL. Ola Tadeo! En efecto,  
hablar con vos deseaba.  
VAL. Pues vos direis.  
VILL. ¿Nos oirán?  
VAL. Nadie: decid lo que os plazca.  
VILL. Cierta amigo que en Toledo  
cerca de la reina anda,  
me escribe secretamente  
que se dispone una trama  
para...  
VAL. Victorear al príncipe  
y gritar muera Mariana;  
con el objeto tal vez  
de ver si con esta farsa  
prestigio adquiere en el pueblo,  
porque ve que se le acaba.  
VILL. Cómo! Vos ya los sabiais?  
VAL. Si por cierto.  
VILL. Cosa rara!  
VAL. ¿Y por qué? En mil ocasiones,  
¿no os he dado anticipadas  
noticias de los sucesos?  
VILL. Es verdad, pero me estraña  
que lo sepais, siendo solos  
mi amigo y doña Mariana  
los que hablaron del asunto.  
VAL. Pues allí vereis.  
VILL. (Va me alarma  
este hombre con sus misterios.)  
¿Y qué pensais?...  
VAL. Que no es nada,  
y que quedará en proyecto  
el motin.

VILL. Pero, si estalla...

VAL. No estallará...

VILL. Sin embargo,  
la persona designada  
para mover el tumulto  
tiene influjo, tiene audacia...

VAL. Si, pero Lope Revuelto  
tiene en mucho su garganta,  
y, descubierto ya el plan,  
procurará conservarla.

VILL. (Diablo! Pues lo sabe todo!)  
¿Conque no es cosa que valga  
la pena de hablar al rey?

VAL. Lo juzgo cosa escusada.  
Mejor obrárais, sin duda  
en pedirle con instancia  
que, pues don Juan está enfermo,  
otro ministro nombrára.

VILL. Oh! Mucho nos convendría!  
Pero en estas circunstancias,  
¿de quién se puede echar mano  
que cumpla las esperanzas  
de la nación?

VAL. De cualquiera  
que tenga amor á su patria,  
virtud, pureza, honradez  
y que á lisonjas villanas  
no se rinda... Ese es el hombre  
que ha de buscar el monarca:  
y aunque su talento sea  
mediano, no importa, basta;  
porque los sabios, marqués,  
prueban muy mal en España.

VILL. El marqués de Liche...

VAL. Un necio.

VILL. Contreras...

VAL. No tiene alma.

VILL. Medinaceli...

VAL. Ese al fin  
es honrado... Si aceptára...

VILL. Probaremos. Si viviera  
Valenzuela! Qué desgracia!  
Nos falta el mejor amigo  
de la infelice Mariana.

VAL. Si existiese Valenzuela  
sobre sus hombros tal carga  
no echaria... Sufrió mucho  
por su funesta privanza,  
y algo, al fin, le enseñaría  
el libro de la desgracia.

VILL. Pues sobre el asunto al rey  
voy á hablar con eficacia.  
Estad por aqui, Tadeo.

VAL. Andaré por estas salas  
(entra Villars en la cámara del rey.)

### ESCENA III.

VALENZUELA se vá lentamente hácia el foro, y salen  
de la cámara de don Juan el marqués de CARACENA  
y GOMEZ SILVA hablando entre sí.

CARA. Con dificultad lo creo.

SIL. Pues no lo dudeis, marqués;  
le he observado bien, y es  
muy sospechoso el Tadeo.  
(sigue hablando bajo.)

CARA. No penseis tal disparate...  
Don Juan en todo le emplea.

SIL. ¿Tan necio queréis que sea

que su objeto no recate?

Ademas... *(continua hablando bajo.)*

CARA. Tanto direis,  
que me hareis desconfiar.

SIL. Os lo puedo demostrar...

CARA. Venid y me explicareis  
en mi cuarto...

SIL. No quisiera  
que con vos me viesen ir,  
y que despues al salir  
alguno advertir pudiera...

CARA. Y qué importa? Mas no obstante  
que esta sala está desierta,  
por otra distinta puerta  
podreis salir.

SIL. Adelante.  
*(Veré si mi fin consigo.)*

CARA. Mi habitacion no es palacio  
y allí hablaremos despacio.

SIL. Me agrada. Pues como digo...

*(vanse por la puerta de la derecha hablando secretamente.)*

#### ESCENA IV.

VALENCIELA y despues PANTOJA.

VAL. Animada conferencia  
llevaban entre los dos...  
Mucho temo, vive Dios,  
que por alguna imprudencia,  
malogre en estos momentos  
todo cuanto he conseguido,  
á costa de haber sufrido  
tan grandes padecimientos.  
Y ese Silva...! Por mi mal  
choqué con él... Ya lo hice,  
y el corazon me predice  
un resultado fatal.

PAN. Me alegro hallaros, Tadeo.  
Solo por veros venia.

VAL. ¿Qué quiere mandarme usia?

PAN. ¿Como está el príncipe?

VAL. Creo  
que algo mejor.

PAN. Qué diablura!  
Pues se decia que estaba  
malísimo... que se hallaba  
próximo á la sepultura.  
Y al oír tal novedad  
me acordé de vuestro empleo,  
y dije, solo Tadeo  
puede saber la verdad.

VAL. Os diré... *(Quiero esplorarle.)*  
Que se trasluzca no quieren;  
mas los médicos infieren  
que no hay medio de salvarle.  
Ya veis que será desgracia...

PAN. Para él indudablemente.

VAL. El ya en la muerte consiente.

PAN. Dios le reciba en su gracia.

VAL. Parece que lo sentís.

PAN. Oh! Mucho! Al fin es mortal,  
y yo á nadie quiero mal.

VAL. Tal vez se alegre el país.

PAN. Siento que muera don Juan,  
aunque manda á sangre y fuego,  
porque los que manden luego  
ya vereis como lo harán.

Pues es ley de los partidos  
del vencedor murmurar,  
reemplazarle, y luego usar  
mas rigor con los vencidos.  
Los de aquí y los de Toledo  
iguales son, á mi ver,  
y si me dan á escojer  
yo con ninguno me quedo.

VAL. Maudad vos.

PAN. Así quisiera  
mi reputacion manchar;  
mas no, prefiero arreglar  
mis haciendas de Antequera.  
Mis tierras buenas ó malas  
para vivir me dan frutos,  
al rey pago sus tributos  
y apronto las alcabalas.  
Si todos así lo hicieran  
las discordias cesarian,  
los pueblos respirarian  
y todos en paz vivieran  
cual de abejas un enjambre.

VAL. Si, mas ya veis, la opinion...

PAN. En unos es ambicion.

VAL. Bien, pero en otros...

PAN. Es hambre.

VAL. *(Aunque mordaz, es honrado.)*

PAN. Voy pues á satisfacer  
á los que quieren saber  
de nuestro enfermo el estado,  
y á decirles...

VAL. Qué?

PAN. Que está  
su alteza mucho mejor,  
y de Dios con el favor  
muy en breve sanará. *(vase por el foro.)*

VAL. Si no es de la reina amigo  
tampoco deja de serlo.  
Muy bueno fuera alraerlo...  
He de ver si lo consigo. *(vase por el foro.)*

#### ESCENA V.

SOL y FLORA por la puerta de la derecha.

SOL. No está?

FLOR. No señora.

SOL. Es posible!

FLOR. Vedlo.

SOL. Ni en la galería?

FLOR. Tampoco.

SOL. En efecto,

solo me rodea  
tétrico silencio.  
Es indispensable  
buscarle al momento...  
Hazle venir, Flora,  
su vida está en riesgo,  
y ó logro salvarle  
ó con él perezo.

FLOR. Doña Sol, calmaos,  
moderad os ruego  
ese ardor, que puede  
á todos perdernos...  
Mas... si no me engaño, *(mirando al foro.)*  
él es... si.

## ESCENA VI.

*Dichos y VALENZUELA.*

VAL. Qué veo!  
Vos aquí, señora!

SOL. Buscándote vengo.  
En grave peligro,  
Fernando, te has puesto.

VAL. Pues que pasa?

SOL. Espera  
todo has de saberlo.  
Retirate, Flora,  
y si acaso...

FLOR. Entiendo. (*vase.*)

VAL. Que peligro, dices,  
me amenaza?

SOL. Horrendo!  
Solo de pensarlo  
me angustio y falezco.  
Mi padre, hace poco,  
entró en su aposento,  
y un tal Gomez Silva  
le hablaba en secreto,  
de cosas sin duda  
de interés inmenso,  
pues mi padre oía,  
cual no suele, atento.  
En su conferencia  
tu nombre supuesto  
entendi, y al punto  
puseme en acecho,  
por ver si podía  
el fatal misterio  
penetrar.

VAL. Qué oiste?

VAL. Acaba.

SOL. Yo tiemblo!  
Decía Gomez Silva,  
«No dudeis mi aserlo,  
es muy sospechoso  
el ugier Tadeo,  
y por él acaso  
se sabrá en Toledo  
cuanto aquí en palacio  
se hace de secreto.  
Prendedle, añadia,  
cargadle de hierros,  
y de esta manera  
dirá con qué objeto  
al principe sirve,  
y quién es sabremos.»

VAL. Menguado, cobarde,  
su rabia comprendo.  
Pero, ¿me conoce?

SOL. No sé, mas lo temo.

VAL. Bella Sol, tu aviso  
en el alma aprecio.  
pero, ¿cómo evito  
este contratiempo?

SOL. ¿Cómo? me preguntas...

VAL. Mi Fernando, huyendo.

VAL. Así me acrimino.

SOL. Sálvate.

VAL. No es tiempo.  
¿A dónde escapára  
que no fuese preso?  
Con solo este paso

yo me hiciera reo,  
y no, no he de darle:  
quedarme preliero.  
Don Juan ntu padre  
han de ser tan ciegos,  
que en mi su venganza  
descarguen severos,  
por una sospecha,  
un vago recelo.  
Sosiégate, hermosa,  
que no corro riesgo.

SOL. Tu calma me mata!  
Sal de aquí!...

VAL. No puedo.

SOL. Ah! Con tus palabras  
destrozas mi pecho!  
Teneis las entrañas  
los hombres de acero;  
ni el peligro os mueve,  
ni os ablandan ruegos.  
Un tiempo solias,  
oh! bien lo recuerdo!  
decirme que sola  
mandaba en tu afecto,  
y que te atrevieras  
á escalar el cielo  
si yo lo queria,  
siera mi desco.  
Hoy ya nada valgo.  
Hoy ya nada puedo.  
No me amas!

VAL. Te adoro!

SOL. Lo dudo.

VAL. No miento!

SOL. Antes mis palabras  
cual sacros preceptos  
sumiso cumplias,  
amoroso, lierno,  
hoy...

VAL. Sol, ¿qué pretendes?

VAL. Manda y obedezco.

SOL. Pues sálvate, huye,  
porque yo lo quiero.  
Pero, no, mal dije,  
mandarte no debo;  
huye, vida mia,  
porque.. te lo ruego.

VAL. ¿Y si no me es dado  
seguir tu consejo?

SOL. Por qué?

VAL. Porque esclavo  
de fiel juramento,  
á este triste alcázar  
ligado me veo.  
Como siempre vivo  
sugeto á tu imperio,  
mi suerte futura,  
mi engrandecimiento,  
hasta la existencia  
por ti perder puedo;  
pero ajar, cobarde,  
mi honor no tolero.  
La honra es de los hombres  
el vital aliento,  
entre vida y honra  
la vida es lo menos.

SOL. ¿Y quién sacrificio  
tan grande y extremo  
exige?

VAL. La patria.  
SOL. Fernando, comprendo!  
Esa frase vaga  
es de mas efecto  
para ti, que el llanto  
que ora estoy vertiendo!  
Al lado del ruido  
politico y fiero,  
la muger, ¿qué vale?  
Su cariño tierno,  
su pesar, sus lágrimas  
son un pasatiempo...  
En hora menguada  
te amé!

VAL. (Justo cielo!)

SOL. Tal vez á la muerte  
vas corriendo ciego.

VAL. Sí tal es mi sino,  
tranquilo, sereno  
verásme arrostrarla:  
no conozco el miedo.  
Y en mi hora postrera  
tendré por consuelo,  
saber que mi sangre  
por la patria vierto.  
Ah! Tú no comprendes  
este sentimiento!  
Tu amor vale mucho,  
es un bien supremo,  
pero, no te ofendas...  
la patria es primero.

SOL. Pues bien, esa patria  
que en tu loco anhelo  
salvar imaginas,  
te dará por premio  
prisiones, desgracias,  
patíbulo horrendo.

VAL. Si tú por mi velas,  
si prestas aliento  
á mi vida, nada  
en el mundo temo;  
que eres mi esperanza,  
mi dicha, mi cielo.

# ESCENA VII.

DOÑA SOL, VALENZUELA, y CARACENA *que al salir por la puerta de la derecha ha oído los cuatro últimos versos y baja á la escena precipitadamente.*

CARA. Maldición! ¿Qué es lo que veo!  
¿Qué es lo que estoy escuchando!

SOL. Ay de mi!

VAL. (¡Morir deseo!)

CARA. Vive Dios, que apenas creo  
lo mismo que estoy mirando.

SOL. Padre!

VAL. Señor!

CARA. Basta ya.

Detenga su lengua impia  
el que ofendiéndome está;  
el que atrevido quizá  
ha manchado mi hidalguia.  
Amigo fiel me ha enterado  
de vuestra infame traicion,  
mas nunca hubiera esperado  
que de traidor al dictado  
unierais la seducción.

VAL. Vuestro furor moderad,

y ved lo que estais diciendo.

Aquí no hay traicion...

CARA. ¡Callad!

Os lo mando.

VAL. Reparad

que pueden estar oyendo.

CARA. Bien decis... Mi justo enojo  
fuerza es que limite y venza,  
(con cólera concentrada.)

pues si alguno tal sonrojo  
á entender llegase, rojo  
me pusiera de verguenza.  
Y tú, Sol, hija querida,  
que mi orgullo ser debieras  
y el consuelo de mi vida,  
¿cómo tu cariño olvida  
que nuestro honor dilaceras?  
¿Así pagas la terneza  
de mi paternal amor?  
Ah! Maldigo tu belleza,  
y esa funesta flaqueza  
que hoy me cubre de rubor.

SOL. Perdon, perdon, padre mio;  
aun de vos soy digna, si,  
y por ello me glorio;  
que en mi amante desvario  
nunca ofenderos creí.  
Mi atrevimiento procede  
de esta violenta pasion,  
que á ningun esfuerzo cede...  
pero decidme, ¿Quién puede  
dar leyes al corazon?  
Nuestro cariño, señor,  
es tan noble, puro y fuerte,  
que va adquiriendo vigor  
á medida del rigor  
con que nos trata la suerte.  
Con los contratiempos crece,  
con los infortunios medra  
y en ellos se fortalece;  
bien así como la yedra  
pegada al árbol florece.  
Mi triste amor ya sabeis,  
no quiero ocultaros nada.  
Ahora vos decidireis,  
y cual siempre me hallareis  
obediente, resignada.

CARA. Mi cariño bien pudiera  
esa pasion disculpar,  
si mas decorosa fuera,  
si en un hombre recayera  
que á ti pudiese aspirar.  
Pero, ¿cómo con serena  
frente veré que la mano  
de la hija de un Caracena,  
de un noble, en torpe cadena  
se enlace á la de un villano?

VAL. Resuelto estaba á templar  
vuestra terrible fiereza  
sin osaros contestar,  
marqués, pero ya callar  
fuera humillacion, bajeza.  
Como vos sois personaje  
de alta alcurnia, de valia,  
y me veis en este traje,  
juzgais que causa un ultraje  
mi amor á vuestra hidalguia.  
Mas no penseis que me asombre  
de juicios tan orgullosos,

para vos los de alto nombre,  
para vos los poderosos,  
un hombre pobre... no es hombre.  
¿Cómo el que no es caballero  
sentir puede una pasión?  
Locura! El pobre pechero  
es un estuco grosero  
privado de corazon.  
Si así discurreis, ahora  
por cierto que os engaños;  
tengo un corazon que adora.  
y al amor de esta señora  
derecho que no pensais,

CARA. Cuáles?

VAL. Su amor.

CARA. Pormi fè  
que alto remontais el vuelo.  
Hidalgo sereis!... *(con mofa.)*

VAL. No sé:  
pero, decidme, ¿quién fué  
vuestro vigésimo abuelo?  
Un intrigante, tal vez;  
un soldado de fortuna  
lleno de hambre y desnudez,  
que acaso mas de una vez  
un pajar tuvo por cuna.  
Da el rey á sus servidores  
mercedes, honras, grandezas,  
mandos, títulos y honores,  
y los colma de favores,  
y á su voz nacen noblezas.  
Pero Dios omnipotente  
desde su elevado asiento,  
al pobre le hace elemento,  
y su nobleza esplendente  
es la virtud, el talento.  
Y pues aquí entre los dos  
hablar con franqueza es ley,  
qué vale mas pensad vos,  
si la nobleza de Dios,  
ó la nobleza del rey.

CARA. Basta! No he de tolerar  
tan inaudita insolencia...  
Yo mi honor sabré vengar.  
Mañana habeis de marchar *(á Sol.)*  
á un convento de Valencia.

VAL. ¡Cielos! Qué escucho!

SOL. ¡Ay de mí!

VAL. ¡Siempre he de vivir pensando!

SOL. Qué desgraciada nací!

CARA. Salid al punto de aquí. *(á Sol.)*

SOL. Piedad, señor!

CARA. Os lo mando.

SOL. Una palabra, señor...

CARA. Ni una mas he de escuchar.

*(la coge por el brazo, la hace entrar por la puerta  
de la derecha y dice al foro.)*

Guardias! Prended al traidor.

*(cercan los guardias á Valenzuela.)*

VAL. ¡Y que esto sufra! Oh furor!

CARA. Ahí le habeis de custodiar.

*(Don Juan sabrá este atentado*

*y se hará lo que resuelva.*

*Voy á hablarle de contado...)*

No os lleveis al arrestado,  
guardadle hasta que yo vuelva.

*(se dirige hácia la cámara de don Juan.)*

## ESCENA VIII.

CARACENA, *el duque de MEDINACELI, el marqués de LICHE, DON PEDRO CONTRERAS y el marqués de VILLARS saliendo por la puerta de la cámara del rey. VALENZUELA al foro rodeado de los guardias. Al cuarto verso entran por el foro PANTOJA y GÓMEZ SILVA.*

liche. Yo os felicito, marqués. *(á Villars.)*

CON. Recibid mi enhorabuena. *(á Medinaceli.)*

MEDI. ¡Ola! Aquí está Caracena.

CON. Acertada eleccion es. *(á Liche.)*

CARA. Pero, ¿qué ocurre, señores?

SIL. Qué hay, Contreras?

PAN. *(Qué será?)*

CON. Ahora el duque lo dirá. *(á Silva.)*

MEDI. Víctima de sus dolores,  
y no embargante el afán  
de una asistencia cumplida,  
ha pasado á mejor vida  
el buen príncipe don Juan.  
Penetrado de dolor  
tan amargo como fuerte,  
por tan prematura muerte,  
manda el rey nuestro señor...

*(todos se descubren. Continúa leyendo un papel.)*

Primero: que yo me encargue  
cual ministro universal  
del despacho general...  
Aunque tal favor me amargue,  
pues no ambicioné tal puesto,  
lo quiere su magestad,  
y á cumplir su voluntad  
siempre me hallará dispuesto.  
Para que de sucesion  
concluya toda reyerta,  
sus bodas por fin concierta  
con Maria Luisa Borbon.  
La reina manda tambien  
que de Toledo regrese,  
y que la desgracia cese  
de los que la quieren bien:  
que los destierros se acaben,  
y que los que en tierra estraña  
hoy jimen, vuelvan á España  
y su posicion recaben;  
y pues bastante han sufrido  
recobren sus posesiones,  
y honores y distinciones  
que un tiempo hubieran perdido.  
Y como que solo anhela  
bondades mi derramar,  
conde se digna nombrar  
al difunto Valenzuela.  
Tal es su real voluntad  
y cumplirla bien es ley.

CON. Viva Carlos!

SILVA. LICHE. y CON. Viva el rey!

CARA. ¡Desgracia! Fatalidad!

MEDI. Vos, marqués de Caracena,  
por vuestro pasado porte,  
tendreis que dejar la corte...  
Id desterrado á Llerena.

PAN. Conque otra vez hay leales  
y traidores! Pobre España!  
¿Cuál te se burla y engaña!  
Lo dicho, todos iguales.)

CARA. ¡La rabia me vuelve loco!)  
May bien, obedeceré,

y al destierro marcharé.  
(*Valenzuela, que separándose de los guardias se ha ido acercando á los interlocutores, se abre paso y se adelanta al proscenio.*)

VAL. Aun no, marqués, poco á poco.  
Yo intercederé por vos,  
y puede que el rey me atienda.  
Tengo una próxima hacienda  
que habitaremos los dos.

MEDI. Quién sois? (*á Valenzuela.*)

VILL. Tadeo!

SIL. El ugie!

CARA. ¿El hombre de maldición  
que ha herido mi corazón...

VAL. Hoy os quiere proteger;  
porque ya nada recela  
y siempre os quiso, marqués.

MEDI. Quien tanto puede, ¿quién es?

VAL. Es Fernando Valenzuela.

(*se descubre arrojando lejos de sí la barba y petuca postizas. Movimiento general de asombro y curiosidad.*)

Todos. Valenzuela!

VAL. El mismo, si.

CON. Qué asombro!

MEDI. Cosa mas rara!

SIL. (¿Quien diablos imaginára...!

Me he lucido, pesía mi!)

CARA. (Cielos!)

MEDI. ¿V no nos direis...? (*á Valenzuela.*)

VAL. Todo lo que he padecido;  
pero la gracia que pido  
espero me otorgareis.

(*señalando á Caracena que se ha sentado lleno de abatimiento.*)

MEDI. El rey no podrá negar  
á su mejor servidor  
este pequeño favor;  
con él podeis ya contar.  
Vos, Pantoja, si gustais  
podeis quedar en la corte,  
pues hombres de vuestro porte...

PAN. No, duque, no prosigais.

Quedárame si pudiera  
mi caracter dominar,  
pero prefiero mandar  
en mi casa de Antequera.

MEDI. Villars, pues para escribir  
aquirecado tenemos,  
á vuestra corte podemos  
este suceso decir.

(*Medinaceli, Villars, y Liche se acercan á la mesa, conferencia y escriben. Los cortesanos, Contreras Silva y Pantoja forman grupo aparte y hablan entre sí acaloradamente. Caracena y Valenzuela se contemplan en silencio—Pausa corta.*)

VAL. Comprendo vuestro pesar, (*á Caracena.*)  
y ojalá dado me fuera  
consolaros, que lo hiciera.

CARA. Me queréis avergonzar? (*levantándose.*)

VAL. No. Y en prueba de que soy  
vuestro amigo el mas sincero,  
á fuer de buen caballero  
un servicio á haceros voy.  
En esa mesa, marqués,  
este papel olvidado  
dejasteis... Yo le he tomado  
porque es de grande interés...  
Le conocéis? (*enseñándole su carta.*)

CARA. Santo cielo!

Podreis acaso intentar  
torpe venganza tomar?...

VAL. Deponed todo recelo.  
Del honor la senda fiel  
el hombre honrado no tuerce,  
ni traicion indigna ejerce...  
Ahí teneis vuestro papel.

CARA. Ah! Gracias! Ahora comprendo  
lo que sois, lo que valeis!  
Perdonadme, si podeis,  
mis arrebatos.

VAL. Me ofendo  
de que no deis al olvido  
nuestra pasada querella,  
en que acaso nuestra estrella  
para siempre nos ha unido.  
Desde hoy con afán prolijo  
por vos, señor, velaré...  
y lo que querais seré...

CARA. (*titubea un poco y le abraza.*)  
Fernando!.. Serás mi hijo!

VAL. Apenas puedo creer  
tanta dicha, tal ventura!  
Ay! El corazón me augura  
largas horas de placer.

(*Medinaceli, Villars y Liche se separan de la mesa, bajan la escena y los cortesanos se aproximan.*)

VILL. Está corriente. (*guardando un papel.*)

MEDI. Marqués, (*á Villars.*)  
os felicito de nuevo.

VILL. Oh! no; yo soy el que debo  
hacerlo á vos.

LICHE. Asies.

VILL. La cuestion ha terminado  
merced á vuestra constancia,  
y al apoyo que la Francia  
por mi medio os ha prestado.

MEDI. Cierito; pero ya ese hijo  
de continua intervencion  
se concluyó. La nacion  
vive bien sin el influjo  
extrangero, y es probado  
que para adquirir blasones  
y hacer temblar las naciones,  
de nadie ha necesitado.  
Mientras yo ocupe la silla  
del ministerio español,  
ninguno, bajo del sol,  
ha de humillar á Castilla.

VAL. Muy bien, duque! Sepa el mundo,  
sujetándoos á la ley,

que esta nacion tiene un rey  
y el rey es Carlos segundo.  
Y que sin sufrir jamas  
tutela de gente estraña,  
ha de gobernar á España  
su gobierno y nadie mas.

(*cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

MADRID: 1847.

IMPRESA DE D. VICENTE DE LALANA,  
calle del Duque de Albani, 13.

